

## LA RISA DEL DOCTOR BULYGIN\*

MARTÍN FEDERICO BÖHMER\*\*

Me costó años decirle Eugenio. Nunca lo tuteé. Desde que fue mi profesor en la primera materia que cursé en la Facultad, fue siempre para mí "doctor". Él tampoco me tuteó y me llamaba haciendo un punto en pronunciar correctamente la diéresis de mi apellido.

Unas semanas antes de conocerlo, un profesor del curso de ingreso, que sentía nostalgia de la Edad Media por las razones equivocadas, había celebrado que "nuestras gloriosas fuerzas armadas habían recuperado las Malvinas". Yo había estado un par de días antes en la Plaza por otras razones y no podía creer dónde me estaba metiendo. Pero lo tuve a Bulygin en Introducción al Derecho y ese azar me cambió la vida, salvó mi trayecto por la Facultad, me dio un mundo paralelo a los exámenes libres en los que rezaba a dioses en los que no creía para que me tocara el tema que había leído antes de dormirme.

El *Manual* de Nino en sus manos adquiriría para mí, creo recordar, un filo peculiar. Ese libro emblemático era, por un lado, la venganza contra la oscuridad autoritaria del iusnaturalismo rancio de la dictadura, pero también, la alternativa altanera contra los profesores que dictaban comentarios redundantes de normas desprovistas de contexto, inentendibles. Era todo eso, pero el "condimento Bulygin" agregaba una tonalidad particular, una manera de ser, una forma de hablar. Agregaba una risa famosa.

Los que la escucharon la recuerdan, era una risa de Papá Noel, un jojojó sarcástico, una diversión en la crítica, una risa como un adjetivo, una forma de argumentar. Y yo quise, desde el primer momento, reírme con él. Ser parte de quienes se ríen sarcásticamente desde el fondo de la clase: "Naturaleza jurídica de la letra de cambio" ¡Jojojó!

\* Recepción del original: 20/06/2021. Aceptación: 01/07/2021.

\*\* Abogado de la Universidad de Buenos Aires. Master (L.L.M.) y Doctorado (J.S.D.) en Derecho de la Universidad de Yale. Profesor adjunto UBA en la asignatura Teoría General del Derecho.

Bulygin me invitó a ser parte de esa comunidad. Una nota sobre la almohada de mi cama una noche decía, con letra de mi padre: "Bulygin te invita a un seminario en Sociedad Argentina de Análisis Filosófico" (en adelante SADAF). Listo (dije), llegué.

SADAF era su extensión y fue su forma de decirme que la cosa no termina en la sutil división analítica de un cabello en cuatro, que hay disidencias, que hay quienes aceptaban su risa como una forma de empezar y no de terminar discusiones. En el seminario estaban Carrió, Rabossi, Nino, Farrell, Vernengo, Alchourrón, creo recordar también a Moreno Ocampo, Sancinetti, Rosenkrantz. Para muchos de ellos, ante mis ojos adolescentes, la crítica brutal de Bulygin era un aliciente, un sacapuntas, una invitación a la precisión.

Pablo Ruiz Tagle recordaba esos días en los que Bulygin le dijo que nos enseñaba lógica para enseñarnos a pensar. El punto de Bulygin era que no solo la lógica nos permite pensar mejor en términos lógicos. En sus manos, la lógica era un ejercicio de crítica, una invitación a no quedarse enredado en palabras, a tomarse en serio lo que se dice. Es por eso que, si bien para mucha gente su risa podía ser un límite, un insulto, un comentario despectivo, para mí —y creo que para mucha otra gente— fue un trampolín, una palmada en la espalda, un hombro al que treparse. Su risa fue una forma de darnos fuerza para pensar otras cuestiones, si éramos capaces de aguantar de pie eso que sonaba a sarcasmo. Su risa, la experiencia de su risa sobre uno o sobre otros, era un rito de pasaje, una forma de crecer.

Es por eso que Bulygin representa para mí la transición de la dictadura a la democracia, de la secundaria a la universidad, de la adolescencia a la juventud.

Y su risa, que comenzaba como una interrupción, seguía siendo una crítica, que continuaba transformándose en un argumento y terminaba afirmando la comunidad de la que esa misma risa nos hacía parte, es la música que aún hoy me acompaña. Su risa resonando en mi cabeza me permite tomarme con más levedad mis tribulaciones, me alienta a escuchar con más seriedad lo que otros afirman y me compromete a seguir sumando gente a la comunidad que él decidió crear.